

lenguas, no guardais fidelidad á vuestras amigas, haceis todo el mal que podeis á vuestras enemigas, con las presentes murmurais de las pasadas, con las pasadas para dejarlas hicisteis mil cautelas; finalmente, sois por una parte tan doblados, por la otra tan desagradecidos, que á las que no habeis alcanzado prometeis mucho, y á las que habeis alcanzado las teneis en poco. Yo no niego que una mujer, para ser quien ha de ser, es necesario sea retraida, y siendo retraida, será de buena vida, y siendo de buena vida, tendrá buena fama, y teniendo buena fama, será de todos bien quista; pero si acaso alguna destas cosas le falta, no por eso de su marido ha de ser abatida; porque las flaquezas que el marido halla en la mujer son pocas, y las poquedades que la mujer encubre de su marido son muchas. Yo he hablado más largo de lo que pensaba, y aún más osado de lo que debía; pero perdoname, señor mio, que no ha sido mi intencion enojarte, sino persuadirte; y al fin, al fin, lo que entre mujer y marido pasa, loco es dellos quien lo toma por injuria. Todavía insisto en lo primero, y si menester es, te lo ruego de nuevo, tengas por bien de darme la llave de tu estudio; y si otra cosa hicieres, como la puedes hacer, haráslo de hecho, como hombre que eres, y no de derecho, como discreto de que presumes. No me pesa tanto de lo que haces, cuanto de la ocasion que me das, lo uno, á que malpara de este preñado; lo otro, á que sospeche que tienes escondida alguna amiga en ese estudio; porque los hombres que en la mocedad fueron traviesos, aunque la vestidura que traen no esté rota, siempre huelgan vestirse otra nueva. Pues por quitar el peligro del parto y por alegrar mi corazon de tal pensamiento, no es mucho me dejes entrar en tu estudio.»

CAPÍTULO II

De lo que Marco Aurelio emperador respondió á Faustina sobre que ella le pidió la llave del estudio. Es capítulo muy notable.

Oidas por el emperador Marco Aurelio, como Faustina le dijo, tales y tantas cosas, y lo que más era, que todas las palabras que decía bañaba en lágrimas, acordó de responderle de véras, pues ella le hablaba de véras; diciéndole estas palabras: «Dicho me has, Faustina, todo lo que has querido, y también has visto con cuánto sufrimiento yo lo he escuchado: pues ruegote ahora yo que el sufrimiento que yo he tenido tengas, y la atencion con que te he oído me oigas, porque en semejantes casos, en soltándose la lengua á decir alguna rocia palabra, luego se han de apercibir las orejas á recibir la respuesta. Hasta hoy por nacer está quien sea osado á hablar lo que no debía hablar, y juntamente con esto, ser privilegiado de no oír lo que no querria oír. Antes que diga de tí quién eres y qué tal debrias ser, quiero primero decir quién soy, y qué tal debria ser; porque te hago saber, Faustina, que soy tan malo, que es muy poco lo que mis enemigos dicen respecto de lo que dirian si me conociesen los que me aman. El príncipe, para que sea buen príncipe, no ha de ser codicioso en los tributos, ni ha de ser soberbio en los mandamientos, ni ha de ser ingrato á los servicios, ni ha de ser atrevido á los templos, ni ha de ser sordo á los agravios, ni ha de ser cruel con los huérfanos, ni ha de ser per-

sado en los negocios; y el príncipe que careciera destes vicios, será de los hombres amado y de los dioses favorecido. Yo confieso en lo primero que soy codicioso, porque al fin, al fin, aquellos son de los príncipes verdaderos privados, que les dan pocos enojos y les sirven con muchos dineros. Yo confieso, lo segundo, que soy soberbio, porque no hay príncipe hoy en el mundo tan abatido, que cuanto tiene más baja la fortuna, no tenga más altos los pensamientos. Yo confieso, lo tercero, que soy ingrato, porque los servicios que recibimos los príncipes son muchos y las mercedes que hacemos son pocas. Yo confieso, lo cuarto, que soy muy mal cultor de los templos, porque los príncipes pocas veces á los dioses ofrecemos sacrificios, sino es cuando nos vemos de nuestros enemigos cercados. Yo confieso, lo quinto, que soy negligente en oír los agravios, porque con los príncipes más fácil audiencia tienen los lisonjeros para decir lisonjas, que no los tristes pleiteantes para contar sus quejas. Yo confieso, lo sexto, que soy descuidado con los huérfanos, porque en las cortes de los príncipes, los ricos y poderosos son los privados, y los tristes huérfanos aún no son oídos. Yo confieso que en el despachar á los negociantes soy muy perezoso, porque muchas veces de no proveer los príncipes con tiempo en los negocios se siguen á sus reinos muchos y muy grandes trabajos. Hé aquí, Faustina, como he dicho, quién segun razon habia de ser, y quién segun la sensualidad soy; y no tengas en poco confesar yo mi yerro, porque gran esperanza da de la enmienda el hombre que de su voluntad conoce la culpa. Vengamos ahora, Faustina, á hablar de tí, y por lo que he dicho de mí podrás adivinar lo que podremos decir de tí, porque somos tan mal acondicionados los hombres, que miramos por menudo los defectos ajenos, y no querriamos aún oír los nuestros propios. Cosa es muy cierta, Faustina, que cuando está una persona muy contenta, siempre dice más por la lengua que no en la verdad tiene su corazon en guarda, porque los hombres sueltos de lengua, muchas cosas dicen estando acompañados, las cuales ellos lloran estando solos. Lo contrario de todo esto acontece á los hombres tristes, los cuales no dicen la mitad de sus tristezas, porque los corazones lastimados, á los ojos mandan que lloren, y á la lengua mandan que calle. Los hombres vanos con palabras vanas pregonan sus placeres vanos, y los hombres prudentes con palabras prudentes disimulan sus pasiones crudas; porque los trabajos desta vida, si los hombres los sienten como hombres, los discretos hanlos de disimular como discretos. Entre los sabios, aquel es más sabio que todos, que piensa que sabe ménos, y entre los simples, aquel es más simple, que piensa que sabe más; porque si hay alguno que sepa mucho, siempre se halla otro que sepa más. Esta es una de las diferencias en que se conocen los hombres prudentes y los que poco saben: en que el hombre prudente, aún preguntándole, en el responder es pesado, y el hombre vano, aún no le preguntando, en el responder es liviano, porque en la casa do hay generosidad y cordura, dan sin medida las riquezas y dan las palabras por onzas. Todo esto he dicho, Faustina, porque me han lastimado tanto tus lastimosas palabras, y me han puesto tanta compasion tus apresuradas lágrimas, y me han alterado tanto tus vanos juicios, que

ni puedo decir lo que quiero y pienso, ni tú podrás sentir lo que digo. Muchos avisos escribieron los que de el matrimonio escribieron; pero no escribieron ellos tantos trabajos en todos sus libros, cuantos una mujer sola á su marido le hace que pase en un día solo. Bien hablaron los antiguos cuando hablaron de los matrimonios, en que todas veces que hablaban ó escribian del matrimonio, siempre añadian *onus matrimonii*, que quiere decir, carga de matrimonio; porque á la verdad, si el hombre no acierta en tomar buena mujer, no hay igual carga ni trabajo hoy en el mundo, con solo un día verse el hombre casado. ¿Piensas tú, Faustina, que es chico trabajo sufrir el marido á la mujer lo que riñe, sufrirle lo que dice, sufrirle lo que hace, darle lo que pide, buscarle lo que quiere, disimular lo que no quiere? Esto es tan insufrible trabajo, que no querria yo mayor venganza de mi enemigo, que es verle con una muy recia mujer casado. Si el marido es soberbio, vosotras le humillais; porque no hay hombre, por mucha soberbia que tenga, que no le traiga á sus piés una mujer brava. Si el marido es loco, vosotras le meteis en acuerdo; porque no hay en el mundo igual cordura, con saber el hombre llevar á una mujer recia. Si el marido es rencilloso, vosotras le tornais muy manso; porque es tanto el tiempo que vosotras os ocupais en reñir, que no le queda á él aún tiempo para hablar. Y si el marido es perezoso, vosotras le haceis andar más que de paso, porque tienen tanto sobre ojo vuestro contentamiento, que el triste no osa comer con reposo ni dormir con sosiego. Si el marido es muy parlero, vosotras en pocos dias le tornais mudo; porque son tantas las glosas y respuestas que dais á cada palabra, que ya no tiene otro remedio sino echar un freno á la boca. Si el marido es sospechoso, vosotras le haceis que mude el estilo, porque son tantos los zelos que le pedis cada hora, que no osa decir aún lo que ve en su casa. Si el marido es vagamundo, vosotras le haceis presto ser retraido, porque á la verdad dais tan mal recaudo en la hacienda, que no halla otro remedio sino estarse siempre en su casa. Si el marido es vicioso, presto le atajais el camino; porque vosotras le cargais el corazon de tantos cuidados, que en mal provecho le entrarian al cuerpo los vicios. Finalmente, digo que si el marido es pacífico, en grave tiempo le tornais rencilloso, porque son tantas y tan continuas vuestras quejas, que no hay corazon que las pueda disimular, ni hay lengua que del todo las pueda acallar. Naturalmente en todas las cosas tienen espíritu de contradicion las mujeres: en que si quereis hablar, ellas callan; si quereis andar, ellas paran; si quereis reír, ellas lloran; si quereis placer, ellas quieren pesar; si quereis pesar, ellas toman placer; si quereis paz, ellas quieren guerra; si quereis guerra, ellas quieren paz; si quereis comer, ellas ayunan; si quereis ayunar, ellas comen; si quereis dormir, ellas velan; si quereis velar, ellas duermen; finalmente, digo que son de tan siniestra condicion, que amantodo lo que aborrecemos, y aborrecen á todo lo que amamos. De mi parecer, los hombres cuerdos que tienen que expedir con mujeres algunos negocios, no les pidan lo que desean, si quieren alcanzar dellas lo que procuran, porque entónces aprovecha la sangría al enfermo, cuando se la dan en el lado contrario.

No es otra cosa sangrar de la vena cóntraria, sino pedir á las mujeres una cosa por la boca, la cual es contraria á lo que el corazon desea; porque de otra manera, ni lo alcanzarán por sobra de ruegos, ni ménos lo alcanzarán con abundancia de lágrimas. No te puedo negar, Faustina, que es cosa muy dulce gozar á las niñerías de los niños, pero tampoco me puedes tú negar, que no es cosa muy cruda sufrir las importunidades de sus madres. Los niños hacen de cuando en cuando una cosa con que hayamos placer; pero vosotras, sus madres, jamas haceis cosa con que no nos deis pesar. Gran placer es cuando el marido viene de fuera y halla su casa barrida, halla la mesa puesta, halla la comida aparejada, y esto se entiende si debajo de esto no hay otra cosa; pero ¿qué diremos, cuando no cata, halla á los hijos llorosos, á los vecinos escandalizados, á los criados alterados, y sobre todo, halla á la mujer dando gritos; de manera que por mejor tiene el triste irse ayuno de casa, que no esperar y comer con rencilla. Yo acabaré con todos los hombres casados que perdonen los placeres de los hijos, con tal que se obliguen á no los dar; más enojos sus madres; porque al fin, al fin, los placeres que dan los niños han fin con una risada, pero los enojos de las madres duran por toda la vida. Una cosa he visto en Roma, y jamas me he engañado en ella, y es, que los más de los males que hacen los hombres, el castigo dellos remiten los dioses al otro mundo; pero si por placer de alguna mujer cometemos alguna culpa, mandan los dioses que de mano de esa misma mujer, en este mundo, y no en el otro, recibamos la pena. No hay más fiero ni más ligero enemigo del hombre, que es la mujer que tiene el hombre, si no sabe vivir con ella como hombre; porque si la tiene muy regalada, luego se le torna mal acondicionada. Ándense los mancebos de Roma en pos de las damas de Capua; que jamas hombre liviano estuvo con alguna mujer aviciado algun tiempo, que con muerte ó con infamia ella misma no le procurase el castigo; porque los justos dioses tienen por gran pundonor de honra, que así como vemos las maldades que sufren á los malos, así veamos los crudos castigos que hacen en ellos. De una cosa soy cierto; y no lo digo, Faustina, porque lo he oído, sino que contino lo he experimentado: que el marido que condesciende á todo lo que su mujer desea, ninguna cosa hará la mujer de lo que su marido le manda; porque no hay cosa con que más el marido tenga á su mujer sujeta, que de cuando en cuando le niegue alguna cosa, y aún le diga alguna palabra áspera. A mi parecer, gran crueldad es la de los bárbaros, tener, como tienen, á sus mujeres por esclavas; pero por muy mayor liviandad es la de los romanos, tener, como las tienen, por señoras. Las carnes, ni han de ser tan flacas, que pongan hastio, ni han de ser tan gruesas, que empalaguen, sino entreveradas, para que den sabor; quiero decir, que el varon cuerdo, á su mujer ni la enfrene tanto, que parezca sierva, ni la desenfrene tanto, que se alce por señora; porque de consentir á sus mujeres sus maridos que manden mucho, se sigue despues que ellas tengan á ellos en poco. Mira, Faustina, sois en todo extremo tan extremadas las mujeres, que con poco favor creceis en mucha soberbia, y con poco disfavor cobrais mucha enemistad. No hay mujer que de su voluntad sufra á otro

mayor, ni hay mujer que se compadezca con otro su igual, y de aquí infiero para mí que vosotras ni amais á los mayores, ni quereis ser mandadas de los menores, porque de no ser igual los enamorados, siempre los amores son fríidos. Bien sé que no me entiendes, Faustina, pues oye que más digo que piensas, y aún te diré más que querrias. ¡Oh, cuántas y cuántas he visto yo en Roma, las cuales, si tenían dos mil sextercios de renta en su casa, tenían tres mil de locura en su cabeza; y lo peor de todo es, que muchas veces se les muere el marido y pierden toda la renta, pero no por eso se les acaba la locura! Pues oye, Faustina, que más te diré. Todas las mujeres quieren hablar, y quieren que todos callen. Todas quieren mandar, y no quieren ser mandadas; todas quieren ser libres, y que todos les sean cautivos; todas quieren regir, y ninguna ser regida; finalmente, una cosa sola quieren, y en ésta todas conforman, y es, que quieren gozar de los que aman y vengarse de los que aborrecen. Puédese de lo sobredicho colegir que á los mozos livianos que siguen sus liviandades acocean como á esclavos, y á los cuerdos que como á cuerdos recurren sus apetitos, persiguen como á enemigos; porque al fin, al fin, por mucho que nos amen, siempre su amor tiene peso y medida, y por poco que nos aborrezcan, su desamor es sin cuento y medida. En los *Anales pompeyanos*, me acuerdo haber leído y notado una cosa digna asaz de ser sabida, y es ésta. Cuando el gran Pompeyo pasó la primera vez al Asia, acaso como llegase á los montes Rifeos, halló allí unos bárbaros, que vivían en las asperezas de aquellas montañas como salvajes brutos; y no te maravilles, Faustina, que llame á los que moraban en las vertientes de los Rifeos animales brutos, porque así como las ovejas paciendo yerbas delicadas se les hacen las lanas finas, así los hombres criados en tierras ásperas se les hacen las personas y condiciones silvestres. Tenían, pues, éstos bárbaros por ley y costumbre que cada vecino tuviese en aquellas montañas dos cuevas, porque la aspereza de la tierra no sufría en sí casas: en una cueva de aquellas moraba el marido y los hijos y criados; y en la otra cueva moraba la mujer y las hijas y mozas. Comían dos veces en la semana juntos, y dormían otras dos veces en la semana juntos; todo el restante del tiempo siempre estaban apartados los unos de los otros. Preguntados por el gran Pompeyo qué fuese la causa de vivir en este modo, como fuese verdad que en todo el mundo, ni se hallase, ni oyese, ni leyese tan extremado extremo, dice la historia que le respondió un hombre anciano, diciendo: «Mira, Pompeyo, á nosotros nos dieron poca vida los dioses, según solían vivir los hombres de los tiempos pasados, y como no vivimos sino sesenta ó setenta años á lo más, esto que hemos de vivir querríamoslo vivir en paz; porque es tan breve la vida, que aún apenas hay tiempo para gozar la paz, cuanto más quieren que partamos con la guerra. Verdad es que á vosotros los romanos con regalo y riqueza háceseos la vida corta; pero á nosotros, como tenemos trabajo y pobreza, todavía se nos hace la vida larga, porque en todo el año jamás nosotros celebramos tan gran fiesta como cuando muere y pesa uno desta triste vida. Mira, Pompeyo: si los hombres viviesen muchos años, habría tiem-

po para reír y para llorar, para estar contentos y descontentos, para ser ricos y para ser pobres, para estar alegres y para estar tristes, para tener guerra y para tener paz; pero pues la vida es tan corta, ¿para qué quieren los hombres hacer tantas mudanzas en ella? Teniendo, como teníamos, con nosotros á nuestras mujeres, viviendo moríamos, porque las noches se nos pasaban en oír quejas, y los días expendíamos en sufrir sus rencillas. Teniendo, como las tenemos, apartadas, ni vemos sus caras tristes, ni vemos llorar á los niños, ni oímos sus graves quejas, ni escuchamos sus palabras lastimosas, ni sentimos sus importunidades; y al fin, criáanse los hijos en paz, y los padres excusan la guerra; por manera que ellas están bien, y nosotros estamos mejor.» Ésta fué la respuesta que dió aquel bárbaro á la pregunta del gran Pompeyo, y á la verdad yo te digo, Faustina, que aunque á los masagetas los llamamos bárbaros, en este caso más saben que no los latinos, porque no se libra de pequeña pestilencia el que escapa de su mujer rencillosa. Pregúntote ahora yo, Faustina: cuando aquellos bárbaros no podían sufrir ni se podían apoderar con sus mujeres en aquella áspera montaña, ¿cómo podrémos nosotros con vosotras en los regalos de Roma? Una cosa, Faustina, te quiero decir, y plega á los dioses te la hagan entender, y es, si los bestiales movimientos de la carne no forzasen al querer de los hombres á que quieran, aunque no quieran, á las mujeres, dudo si mujer fuese sufrida, ni ménos amada; porque si naturaleza le dió en sí por qué sean amadas, ellas sacan de sí por qué sean aborrecidas. Por cierto si los dioses á este amor le hiciesen voluntario, como lo hicieron natural, de manera que queriendo pudiéramos, y no como ahora, que queremos y no podemos, con graves penas al hombre habian de castigar, que por amores de una mujer se osase perder. Gran secreto es éste, que guardaron para sí los dioses, y gran miseria es la de los hombres, que siendo, como es, la carne tan flaca, á un corazón libre haga tanta fuerza, en que todo lo que nos daña procuramos, y lo mismo que aborrecemos seguimos. Secreto es éste, que los hombres lo saben muy bien sentir, pero á ninguno veo que le sepa remediar, porque al fin todos se quejan de la carne, y á todos los veo ser carniceros; y cuanto le hace á uno mal provecho, tanto della es más goloso. No tengo envidia á los dioses vivos ni á los hombres muertos, sino de dos cosas, y son éstas: tengo envidia á los dioses en que viven sin temor de maliciosos, y tengo envidia á los muertos en que huelgan ya sin necesidad de mujeres, porque son dos aires tan corruptos, que todo lo corrompen, y son dos landres tan mortales, que carnes y corazones acaban. Oh Faustina! Es tan natural el amor de la carne con la carne, que cuando de vosotras huye la carne de burlas, os dejamos el corazón en prendas de véras; y si la razón, como razón, se pone en huida, la carne, como carne, se os da luego por prisionera.

CAPÍTULO III.

En el cual el emperador Marco Aurelio, hablando con Faustina, prosigue su plática.

»Muchas veces me acuerdo que en mi mocedad, como yo era de carne, tropecé en la carne con propósito de jamás tornar á la carne; pero si confieso que muchas veces

me venian castos y virtuosos propósitos, dende á una hora daba conmigo de rostro en los vicios. Cosa es muy natural que en acabando uno de cometer el vicio, luego viene en pos dél el arrepentimiento, y pasado el arrepentimiento, luego se torna á cometer aquel vicio; porque durante el tiempo que vivimos en la casa de esta carne flaca álzase la sensualidad por señora, y á la razón aún no deja llegar á la puerta. No hay hombre en Roma que si le hablan no diga maravillas por la lengua de los propósitos buenos que tiene en el corazón, en especial de ser casto, ser verdadero, ser pacífico, ser callado; y si acaso preguntais á los que tratan con él negocios y á los que son sus más propincuos vecinos, hallarán que es un tramposo, que es un mentiroso, que es un blasfemo, que es un doblado, que es un fementido; finalmente, engañan á los hombres con sus buenas palabras, y ofenden á los dioses con sus malas obras. Poco aprovecha blasonar de las virtudes con la lengua, si la mano en las obras es perezosa; porque no se llama uno justo porque desea ser bueno, sino porque suda y trabaja de ser virtuoso. El traidor del mundo, con ninguna cosa más engaña á los hombres mundanos, que es con darles vanas esperanzas en que adelante les queda tiempo para ser virtuosos, y los tristes malaventurados, despues que están emboscados en la profundidad de los vicios, esperando cuándo amanecería el día de la enmienda, sobreviñoles primero la noche de la sepultura. ¡Oh cuántos y cuántos prometieron á los hombres, y hicieron voto á los dioses, proponiendo entre sí mismos que ántes de muchos meses comenzarían á ser virtuosos, á los cuales dentro de pocos días los vimos entregar á los hambrientos gusanos! Los dioses quieren que seamos virtuosos, y por contrario, el mundo y la carne quieren que seamos viciosos. A mi parecer, más vale obedecer á lo que los dioses mandan, que no hacer lo que el mundo y la carne quieren, porque el premio de la virtud es honra, y la pena del vicio es infamia. Si paras mientes en ello, Faustina, de una parte están los dioses, que nos convidan á las virtudes, y de otra parte está el mundo y la carne, que nos convidan con los vicios. Sería mi parecer en este caso que digamos á los dioses que nos place de ser virtuosos, y digamos al mundo y á la carne que andando más los tiempos nos emplearemos en sus vicios. De tal manera hemos de cumplir con los dioses en obras, y de tal manera hemos de entretener al mundo y á la carne con palabras, que gastemos mucho tiempo en hacer buena vida, y aún no nos quede tiempo para decir una mala palabra. Hágote saber, Faustina, que todo esto que te he dicho á tí, todo lo he dicho contra mí, porque siempre desde mozo he tenido buenos propósitos, y con estos buenos propósitos me he envejecido en los vicios. ¡Oh, cuántas veces en mi mocedad conocí á mujeres, traté con mujeres, hablé á mujeres, conversé á mujeres, creí á mujeres, me engañaron mujeres, me maltrataron mujeres, me infamaron mujeres; finalmente, por conocer como conocí á las mujeres, me aparté y dejé á las mujeres; pero yo confieso que si la razón me tenía fuera de sus casas diez días, la sensualidad me tornaba con ellas diez semanas! Oh dioses crueles! ¡Oh mundo malo! Oh carne flaca! Decidme, ¿qué es esto, que la razón me lleve á mí por mi voluntad á las virtudes, y

que la sensualidad, contra mi voluntad, me torne arrastrando á los vicios? ¿Piensas tú, Faustina, que no veo yo cuán bueno es ser bueno, y cuán malo es ser malo? Pero ¿qué haré, triste, que no hay tan crudo verdugo de mi honra y de mi fama, como es mi carne propia, la cual, contra mi voluntad, me hace continua guerra? Por lo cual siempre pido á los dioses que pues mi sér es contra sí, defiendan á mí de mí. Mucha culpa tiene en esta tan cruda guerra la carne flaca, pero muy mayor la tiene la mujer loca y liviana; porque si el hombre fuese cierto que las mujeres serian castas, serian vergonzosas, serian retraídas y sacudidas, compondrian los pensamientos para no las desear, ni consumirían el tiempo en las seguir, ni gastarian la hacienda en las servir, ni sufrirían tantas afrentas por las alcanzar, porque do una cosa no da de alcanzarse de sí esperanza, no le lleva la voluntad al corazón de seguirla. Pero ¿qué harémos, di, Faustina, que, como tú sabes mejor que yo, está ya tan perdida la vergüenza en las mujeres de Roma, están ya tan disolutas las mujeres de Italia, que si los hombres se descuidan, ellas los despiertan; si los hombres huyen, ellas los llaman; si los hombres se apartan de ellas á ellos se allegan; si los hombres se encogen, ellas los regocijan; si los hombres callan, ellas á hablar los constriñen; finalmente, muchas veces los hombres comienzan los amores de burla, y ellas se dan tal maña, que los tornan presto de véras. Hágote saber, Faustina, que es muy grande el brío que naturaleza puso en la carne de los hombres, pero muy mayor es la vergüenza que pusieron los dioses en las caras de las mujeres; y si es verdad, como es verdad, que los hombres no pierden el brío de la carne, y las mujeres pierden la vergüenza de la cara, tengo yo por imposible que haya mujer virtuosa ni casta en Roma, porque no hay más perdida república que aquella do las mujeres tienen la vergüenza perdida. ¡Oh mujeres, y cuánta razón tienen en huir de vosotras los que huyen, esconderse los que se esconden, dejaros los que os dejan, apartarse los que se apartan, olvidaros los que os olvidan, extrañarse los que se extrañan, remontarse los que se remontan, morirse los que se mueren, sepultarse los que se sepultan; porque los gusanos no roen en la sepultura sino la carne flaca, pero vosotras meteisnos á saco la hacienda, la honra y la vida! ¡Oh, si supiesen los generosos corazones cuántos y cuántos males se les siguen de tratar con mujeres, yo les juro que no sólo no las sirviesen como las sirven de hecho, pero aún de mirarlas no les pasase por pensamiento! ¿Qué más quieres que te diga, Faustina, sino que unos escapan de vuestras manos infames por afeminados, otros lastimados de vuestras lenguas, otros perseguidos de vuestras obras, otros engañados de vuestras mañas, otros aborrecidos de vuestros descontentos, otros desesperados de vuestra inconstancia, otros despechados de vuestros vanos juicios, otros alterados de la ingratitude de los servicios; finalmente, á mejor librar, todos escapan de vuestras entrañas aborrecidos y de vuestras liviandades acoceados? Pues el hombre que siente que esto ha de pasar, yo no sé cuál es el loco que os quiere amar ni servir, porque el animal que una vez atolla en el lodo, aún á palos no le harán otra vez tornar á pasar por aquel paso. ¡Oh, á cuánto peligro se ofrece el que

con mujeres *trata*, en que si no las ama, tiénele por necio; si las ama, por liviano; si las deja, por tibio; si las sigue, por perdido; si las sirve, no le estiman; si no las sirve, le aborrecen; si las quiere, no le quieren; si no las quiere, le persiguen; si se entremete, llámanle importuno; si huýe, dicen que es cobarde; si habla, dicen que es frío; si calla, dicen que es simple; si se ríe, dicen que es loco; si no se ríe, dicen que es bobo; si les dan algo, dicen que vale poco; y al que no les da nada, llámanle escaso; finalmente, al que las frecuenta tienen por infame, y al que no las frecuenta, por ménos que hombre. Esto visto, esto oído, esto sabido, ¿qué hará el hombre triste, en especial si es hombre cuerdo? Porque si quiere apartarse de mujeres, no le da la carne licencia; si quiere seguir á las mujeres, no se lo consiente su cordura. Piensan en todo su seso los hombres que con regalos y servicios han de contentar á las mujeres. Pues hágoles saber, si no lo saben, que jamas se contenta la mujer: aunque el hombre haga todo lo que puede como hombre, y haga todo lo que debe como marido, y de la flaqueza saque fuerzas con mucho trabajo, y la pobreza remedie con su sudor propio, y cada hora se ponga por ella en peligro, al cabo la mujer no se lo ha de agradecer, diciendo que su amor es con otra, y que aquello hace sólo por cumplir con ella. Muchos días há, Faustina, que yo deseaba decirte esto, y helo dilatado hasta ahora, esperando que me diese ocasion para decirlo, de cuantas me has dado para sentirlo; porque entre los sabios aquellas palabras son estimadas, que al propósito de alguna cosa son muy bien traídas. Acuérdomé que há seis años que Antonino Pio, tu padre, me eligió por su yerno, y tú á mí elegiste por marido, y yo á tí elegí por mujer, y esto todo se hizo, mis tristes hados lo permitiendo y Adriano, mi señor, me lo mandando. El buen Antonino Pio, mi suegro, me dió á tí, Faustina, su única hija, por mujer, y á su generoso imperio me dió en casamiento, y mucho de su tesoro él partió conmigo, y los huertos Vulcanares los señaló para mi pasatiempo, y pienso que en este caso de ambas partes hubo engaño, él en elegirme por hijo, y yo en tomar á tí por mujer. ¡Oh Faustina, tu padre y mi suegro llámóse Antonino Pio, porque con todos fué piadoso, sino conmigo, que fué muy cruel; porque con poca carne me dió gran contrapeso de hueso, y confiésote la verdad, que ya ni tengo dientes con que lo roer, ni calor en el estómago para lo digerir, y lo peor de todo es, que muchas veces con él me he pensado ahogar! Quiérotelo decir una palabra, aunque recibas pena con ella, y es, que por tu extrema da hermosura eres dejada de muchos, y por tus malas costumbres eres aborrecida de todos; porque no son las mujeres hermosas como las píldoras doradas, en las cuales se ceban los ojos cuando las miran, y después reniegan de ellas cuando las prueban. Bien sabes tú, y bien lo sé yo, Faustina, que vimos un día á Drusio y á Brusilla, su mujer, los cuales eran nuestros vecinos, y como riñendo llegasen á las manos y diesen muy grandes voces, dije yo á Drusio estas palabras: «¿Qué es esto, señor Drusio? Siendo como es hoy la fiesta de la madre Berecinta, y estando, como estamos, cabe su casa, y hallándonos presentes en tan honrada compañía, y sobre todo, teniendo, como tienes, mujer tan hermosa, ¿ha de

ser posible que haya entre vosotros rencilla? Los hombres que están casados con mujeres feas, á causa que se le mueran presto, nunca han de hacer sino reñir; pero los que están casados con mujeres hermosas, á fin que vivan mucho, siempre las han de regalar; porque las mujeres hermosas, áun de cien años mueren temprano, y las mujeres feas, áun de diez años mueren tarde.» Drusio, como hombre muy lastimado, alzando los ojos al cielo y de lo profundo del corazon dando un suspiro, dijo: «Perdóneme la madre Berecinta, perdóneme su santa casa y perdóneme toda la compañía; que por los inmortales dioses juro, yo quisiera más casar con una mujer de las negras de Caldea, que no haber casado, como me casé, con una mujer romana y hermosa; porque no es ella tan hermosa, cuanto es negra y triste mi vida.» Bien sabes tú, Faustina, que cuando Drusio dijo esta tan lastimosa palabra, yo le enjuagué las lágrimas de la cara y le dí del codo, y le rogué al oído no procediese más en la materia; porque á la verdad, los buenos maridos, si sus mujeres no fueren tales, débenlas muy bien castigar en secreto, y después débenlas mucho honrar en lo público. ¡Oh, cuán malos son tus hados, Faustina, y cuán mal partieron contigo los dioses: diéronte hermosura y diéronte riquezas para te perder, y negáronte lo mejor, que es tener cordura y ser bien acondicionada para lo sustentar! ¡Oh, cuánta mala ventura le viene á su casa el día que á un hombre le nace una hija hermosa, si junto con esto, no les permiten los dioses que sea cuerda y honesta; porque la mujer que es moza y loca y hermosa, destruye á la república y infama á toda su parentela. Tórnote á decir otra vez, Faustina, que fueron muy crueles los dioses contigo, pues te engolfaron en los golfos á do todas las más peligran, y te quitaron las velas y los remos, con que todas las buenas escapan! Treinta y ocho años estuve en me casar, que se me hicieron treinta y ocho días, y en solos seis años de casamiento, me parece que han pasado seiscientos años de vida; porque no se puede llamar tormento, sino el que pasa el hombre que es mal casado. De una cosa te quiero hacer cierta, Faustina: que si alcanzára ántes lo que alcanzo agora, y de lo mucho que siento entónces sintiera, aunque los dioses me lo mandáran, y Adriano, mi señor, me lo rogára, yo no trocará mi pobreza por tu riqueza, mi reposo por tu imperio; pero, pues cupo en tu dicha y en mi desdicha, callo mucho y sufro más. Yo he disimulado contigo mucho, oh Faustina, y ha sido tanto, que ya no puedo más; pero yo te confieso que ningun marido sufre tanto á su mujer, que no sea obligado á sufrirle más; considerando al fin el hombre que es hombre, y la mujer que es mujer; porque el hombre que eligió echarse entre las ortigas, ¿qué ha de sacar de allí, sino ronchas? Atrevida es la mujer, que se toma con su marido; pero loco es el marido que toma pendencias públicas con su mujer; porque si es buena, hala de favorecer, porque sea mejor; y si es mala, hala de sufrir porque no se torne peor. A la verdad mucha ocasion es para que la mujer sea mala, pensar ella que su marido no la tiene por buena; porque son las mujeres tan ambiciosas, que las que públicamente son malas nos quieren hacer creer que son ellas mejores que todas. Créeme, Faustina, que si el temor de los dioses, la infamia

de su persona, el decir de las gentes no retrae á la mujer de lo malo, no la apartará todo el castigo del mundo, porque todas las cosas deste mundo sufren castigo, sino es la mujer, que como mujer, quiere ruego. El corazon del hombre es muy generoso, y el corazon de la mujer es muy delicado, en que quiere por poco bien mucho premio, y por mucho mal ningun castigo. El hombre cuerdo mire bien lo que hace ántes que se haya de casar; pero después que se determina de tomar compañía de mujer, ha de ser como el que entra en la guerra, que determina su corazon para todo lo que le sucediere en ella. No sin causa llamo guerra á la vida que tienen los malos casados en su caso, porque más cruda guerra nos hacen las mujeres con las lenguas, que no los enemigos con las lanzas. Gran poquedad es del hombre cuerdo hacer cuenta de las poquedades de su mujer á cada paso; porque si todas las cosas que las mujeres hacen y dicen, quieren tomar por el cabo, sepan que jamas les hallarán fin ni cabo. Oh, Faustina! Si las mujeres romanas quisiesedes siempre una cosa, procurásedes una cosa, permaneciédes en una cosa, holgáramos los hombres, aunque fuese á nuestra costa, condescender en ella; pero qué harémos? Que lo que os agrada ahora, os descontenta de aquí á un poco; lo que pedis á la mañana, no lo quereis á mediodía; con lo que holgábades á mediodía, tomáis enojo á la noche; lo que amábades á la noche, aborreceis á la mañana; lo que ayer teníades en mucho, hoy lo teneis en poco; lo que antaño os moriades por verlo, hogaño áun no quereis oirlo; lo que ántes os causaba alegría, ahora os pone sobrada la tristeza; con lo que debriades y solíades llorar, con aquello agora os vemos reir; finalmente, sois las mujeres de la condicion de los niños, que se amansan con una manzana, y arrojan el oro en tierra. Muchas veces he pensado entre mí si podria decir ó escribir alguna buena regla, para que guardándola viviesen los hombres en paz en su casa, y hallo por mi cuenta, y áun lo he experimentado contigo, Faustina, que es imposible dar á los hombres casados regla, pues las mujeres viven sin regla. Todavía quiero poner alguna regla de cómo se compadecerán los casados en sus casas, y como, si quisieren, evitarán entre sí muchas rencillas; porque teniendo los maridos y mujeres guerra, imposible es haya paz en la república. Y si esta escritura no aprovecharé á mí, que soy desdichado marido, aprovechará á otros, que tienen buenas mujeres; porque muchas veces la medicina que no aprovecha á los ojos, hace operacion en los calcañares. Bien sé, Faustina, que lo que he dicho y por lo que quiero decir, tú y otras semejantes gran enemistad me habeis de cobrar, y es la causa, que mirais las palabras que digo, y no la intencion con que las digo; pero á los inmortales dioses juro en este caso, que no es otro mi fin sino avisar á las buenas, que hay muchas buenas, y castigar á las malas, que hay muchas malas. Y si acaso ni las unas ni las otras no quereis creer que yo tengo buena intencion en decir, como digo, estas palabras, no por eso dejaré de reconocer á las buenas entre las malas, y á las malas entre las buenas; porque mi opinion es que la buena mujer es como el faisán, del cual estimamos en poco la pluma, y tenemos en mucho la carne; y la mala mujer es como la raposa, de la cual tenemos

en mucho la pelleja, y aborrecemos y desechamos la carne. Quiero, pues, ya relatar las reglas con las cuales vivirán en paz los maridos con sus mujeres propias, y son éstas:

«Lo primero, debe el marido sufrir y tener paciencia cuando la mujer está enojada; porque no hay serpiente que tenga tanta ponzoña como es la mujer cuando está airada.

«Lo segundo, debe el marido trabajar en que provea á su mujer, segun la posibilidad, de todo lo necesario, así para su persona como para su casa; porque acontece muchas veces que andando las mujeres á buscar las cosas necesarias, tropiezan con las superfluas y no muy honestas.

«Lo tercero, debe el marido trabajar que su mujer trate con buenas personas; porque muchas veces riñen y dan voces las mujeres, no tanto por la ocasion que les dan sus maridos, cuanto por lo que las dicen y imponen sus malos vecinos.

«Lo cuarto, debe el marido trabajar que su mujer en ninguna cosa sea extremada, conviene á saber, que ni del todo esté siempre encerrada en casa, ni tampoco muy á menudo la deje andar fuera, porque la mujer muy andariega pone en peligro la fama y pone en condicion la hacienda.

«Lo quinto, debe el marido guardarse que no se ponga con su mujer en porfia, á causa que no le pierda la vergüenza; porque la mujer que una vez á su marido se descara, no hay vileza que dende en adelante contra él no cometa.

«Lo sexto, debe el marido hacer entender á su mujer que tiene della confianza; porque es de tal calidad la mujer, que aquello de que no tenían della confianza, aquello comerá ella más ahina.

«Lo séptimo, debe el marido ser cauto en que de su mujer, ni del todo fie la hacienda, ni del todo la excluya della; porque si es á cargo de la mujer toda la hacienda, aumentala poco, y si no le da parte y tiene sospecha della, hurta mucho.

«Lo octavo, debe el marido á su mujer mostrar algunas veces la cara alegre y otras veces mostrársela triste; porque son de tal condicion las mujeres, que cuando sus maridos les muestran la cara alegre, ámanlos, y cuando se la muestran triste, témenlos.

«Lo nono, debe el marido, si es cuerdo, tener en esto muy sobrado aviso, en que su mujer no tome enojos ni pendencias con vecino ni con extraño; porque muchas veces hemos visto en Roma sólo por reñir una mujer con su vecina, que el marido pierda la vida y ella pierda la hacienda, y se levante gran escándalo en la república.

«Lo décimo, debe el marido ser tan sufrido, que si viere á su mujer cometer algun delito, por ninguna manera la corrija sino en secreto; porque no es otra cosa castigar el marido á su mujer delante de testigos, sino escupir á los cielos, y lo que escupe caerle sobre los ojos.

«Lo undécimo, debe el marido tener en esto mucha templanza, en que no ponga las manos en su mujer para castigarla; porque á la verdad la mujer que no se enmienda diciéndole palabras recias y lastimosas, ménos se enmendará aunque la maten á palos ni puñaladas.

»Lo duodécimo, debe el marido, si quiere tener paz con su mujer, loarla mucho delante los vecinos y los extraños; porque entre las otras cosas, este bien tienen todas las mujeres, que quieren ser de todos loadas, y de ninguno permiten ser reprehendidas.

»Lo tercio décimo, debe el marido guardarse de loar á otra mujer extraña delante de su mujer propia; porque son de tal calidad las mujeres, que el día que el marido toma en la boca á una mujer extraña, aquel día le rae del corazón su mujer propia, pensando que á la otra ama y á ella aborrece.

»Lo cuartodécimo, debe el marido estar muchosobre aviso que aunque sea su mujer fea, le diga y haga encreyente que es muy hermosa, porque no hay cosa que entre ellos levante mayor rencilla que pensar ella que la desecha el marido porque es fea.

»Lo quintodécimo, debe el marido traer á su mujer á la memoria la infamia y lo que mal se habla de las que son malas en la república; porque las mujeres, como son vanagloriosas, porque no digan dellas lo que dicen de las otras, por ventura no harán ellas lo que hacen las otras.

»Lo sextodécimo, debe el marido excusar á su mujer que no tome muchas amistades; porque muchas veces, de tomar las mujeres unas amistades excusadas, nacen entre los dos muy peligrosas rencillas.

»Lo decimoséptimo, debe el marido fingir y hacer encreyente á su mujer que quiere mal á todos los que ella quiere mal; porque son de tal calidad las mujeres, que si el marido ama lo que ella aborrece, luego ella aborrece todo lo que él ama.

»Lo décimo octavo, debe el marido en lo que no va nada condescender y otorgar con lo que su mujer porfia; porque más precia una mujer salir con su porfia, aunque sea mentira, que si la diesen seis mil sextercios de renta.

»En esta materia no quiero decirte más, mi Faustina, sino que mires que te miro, y veas que te veo, y sientas que te siento; y sobre todo, que la disimulación mia debria bastar á enmendar la vida tuya.

CAPÍTULO IV.

Cómo el emperador Marco Aurelio prosigue su plática, y responde más particularmente á lo de la llave.

»Ahora, Faustina, que he exprimido de mi corazón el veneno antiguo, quiérote responder á la demanda presente; porque en las demandas y respuestas que pasan entre los sabios, nunca la lengua ha de decir palabras sin que primero á su corazón pida licencia. General regla es entre los médicos que no aprovechen las medicinas al enfermo, si primero no le quitan las opilaciones del estómago. Quiero decir por esto que he dicho, que ninguno puede hablar como conviene á su amigo, si ántes no le dice de lo que está del enojado; porque primero se han de reparar los cimientos si están sentidos, que no intentar edificios nuevos. Pidesme, Faustina, que te dé la llave de mi estudio, y amenázame que si no la doy, luego reventarás deste preñado; y no me maravillo de lo que dices, ni me maravillo de lo que pides, ni me maravillo de lo que hicieres; porque las mujeres sois extremadas en los deseos, sois sospechosas en el

pedir, sois determinadas en el obrar y sois impacientes en el sufrir. No sin causa digo que sois en los deseos extremadas, porque cosas hay que se les antojan á las mujeres, las cuales ni los muertos las vieron, ni los vivos dellas oyeron. No sin causa dije que son las mujeres presurosas en el pedir, ca son de tal condicion las mujeres romanas, que así como le da á una mujer el deseo de una cosa, luego manda á la lengua que la pida, y á los piés que la busquen, á los ojos que la miren, á las manos que la guarden y á un al corazón mandan que la ame. No sin causa dije que son las mujeres determinadas en el obrar; porque si una mujer romana toma tema con una persona, ni dejará de acusarle por vergüenza, ni de seguirle por pobreza, ni á un de matarle por temor de justicia. No sin causa dije que son las mujeres impacientes en el sufrir, porque son de tal condicion muchas, no digo todas, que si á una dellas no le dan presto lo que querria y pedia, demúdase la cara, dice lástimas con la lengua, á voces atruena la casa, escandaliza á la vecindad toda; finalmente, echa espumajos por la boca, y no hay quien la hable aquel día. Buen achaque vos teneis, las mujeres preñadas, que so color que habeis de reventar, quereis que los maridos todos vuestros apetitos hayamos de cumplir. Cuando el sacro Senado, en los tiempos del muy venturoso Camilo, hizo la ley en favor de las romanas preñadas, no eran entonces las mujeres tan antojadizas; pero ahora no sé qué se es, que todas de todo lo bueno teneis hastío, y todas de todo lo malo teneis antojo. Quiero, Faustina, decirte la ocasion por que se hizo en Roma aquella ley, y por ella verás si mereces gozar de la ley; porque las leyes no son sino yugos so los cuales aren los malos, y tambien son alas con que vuelen y sean libres los buenos. Fué, pues, el caso que Camilo, un capitán que era romano, partiéndose para la guerra, hizo voto solemne á la madre Berecinta que si los dioses le volvian con vitoria, que él les ofreceria una estatua de plata; y como Camilo alcanzase de sus enemigos vitoria, y quisiese cumplir el voto hecho á la madre Berecinta, ni él tenía hacienda ni en Roma habia marco de plata, porque en aquel tiempo estaba Roma muy rica de virtuosos y muy pobre de dineros. Ya sabes tú, Faustina, que nuestros antiguos padres eran muy cultores de sus dioses, y tenian en soberana reliquia los templos, y por ninguna pobreza ni perez se habian de dejar de cumplir los votos. Y en esto tenía Roma tan gran extremo, que á ningun capitán daban el triunfo sin que primero jurase si habia hecho algun voto, y despues probase cómo le habia cumplido. En aquellos tiempos florecian en Roma muchos romanos virtuosos, florecian muchos filósofos griegos, florecian capitanes muy esforzados, florecian invenciones de grandes edificios, y sobre todo, estaba Roma despoblada de malicias y estaba poblada de muy excelentes matronas romanas. No poca, sino mucha cuenta hacen los antiguos historiadores de aquellas antiguas y excelentes mujeres; porque no menor necesidad hay de mujeres buenas para la república que de capitanes esforzados para la guerra. Siendo, pues, como eran, tan virtuosas y tan generosas aquellas matronas romanas, sin que nadie se lo dijese ni hombre se lo acordase, acordaron todas de ir al Capito-

tolio, y allí, en presencia de todo el Senado, dieron y ofrecieron los chocillos de sus orejas, los anillos de sus dedos, las ajorcas de sus muñecas, las perlas de sus tocacas, los collares de sus gargantas, los joyeles de sus pechos y las cintas de sus cuerpos, los cabos de sus cintas y los tintinábulo de sus ropas. Dicen los anales de aquel tiempo que despues que las matronas romanas pusieron á los piés del sacro Senado tanta y tan gran riqueza, en nombre de todas, dijo una, que habia nombre Lucina, esta palabra sola: «Padres conscriptos, no tengais en mucho las joyas que damos para hacer la imagen de la madre Berecinta; pero tened en mucho que por alcanzar aquella vitoria pusieron allí nuestros hijos y maridos la vida; y si quereis tener en algo nuestro pobre servicio, no mireis lo poco que os ofrecemos, sino lo mucho que querriamos, si lo tuviésemos.» A la verdad, los romanos, aunque fué mucho lo que les dieron sus mujeres, en más tuvieron la voluntad con que lo daban que no lo que daban; aunque es verdad que fueron tantas las riquezas que ofrecieron, que no sólo hubo para cumplir el voto de la estatua, pero sobró para proseguir la guerra. En aquel día que las matronas presentaron sus joyas en el Capitolio, luego allí les concedieron cinco cosas en el Senado; porque en el tiempo que Roma era Roma, jamas Roma recibia servicio, que no se mostrase muy generosa en el agradecimiento. Lo primero que el Senado concedió á las matronas romanas fué, que en el día de sus enterramientos pudiesen públicamente hacer oraciones los oradores, y en ellas relatar sus buenas vidas; porque antiguamente no podian los oradores sino en la muerte de los hombres orar; que á las mujeres áun hasta la sepultura no las osaban acompañar. Lo segundo que les concedieron fué, que se pudiesen asentar en los templos; porque antiguamente, cuando los romanos ofrecian sacrificios á sus dioses, los viejos estaban asentados, los sacerdotes estaban postrados, los casados estaban arriados; pero á las mujeres, aunque fuesen generosas, ni las dejaban hablar, ni las dejaban asentar, ni las dejaban arriar. Lo tercero que les concedieron fué, que pudiesen tener cada una dos ropas ricas, y que no pidiesen licencia al Senado para sacarlas; porque antiguamente si alguna romana, sin pedir licencia, sacaba ó compraba alguna ropa, luego era privada della, y al marido, porque lo consentia, le desterraban de Roma. Lo cuarto que les concedieron fué, que en las graves enfermedades pudiesen beber vino, como fuese á las mujeres inviolable costumbre en Roma que aunque les fuese la vida, no podian beber vino, sino agua; porque en el tiempo que Roma estaba bien corregida, más infamada era la mujer que bebia vino que no la que á su marido hacia adulterio. Lo quinto que les concedieron fué, que ninguna matrona romana, estando preñada, no se le pudiese negar ninguna cosa que honestamente por ella fuese pedida; porque antiguamente, no sé á qué fin, nuestros antiguos padres hacian mucho por las mujeres preñadas, y no hacian tanta cuenta de las mujeres paridas. Todas estas cinco cosas fueron á las matronas romanas otorgadas: de verdad que fueron todas muy justas, y áun te sé decir, Faustina, que de muy buena voluntad fueron por el Senado concedidas; porque no hay

cosa más consona á razon, que las mujeres que en extremo son buenas, en extremo de todos sean honradas. Esta quinta ley, en que manda no negar nada á la mujer preñada, quiérote decir, Faustina, que fué la ocasion más particular que movió al Senado á hacerla. Los varones antiguos, así griegos como latinos, sin muy grandes ocasiones nunca daban á sus pueblos leyes ó preceptos; porque los muchos mandamientos, lo uno son mal guardados, lo otro son causa de muchos enojos. No podemos negar sino que hacian muy bien los antiguos en huir pluralidad de los mandamientos; porque más vale que viva el hombre segun á lo que la razon le convida, que no segun á lo que la ley le construye. Fué pues el caso, que en el año de la fundacion de Roma de 363, estando Fulvio Torcuato, cónsul, en la guerra contra los volcos, trajeron á Roma los caballeros mauritanos un monóculo que habian cazado en los desiertos de Egipto, y á la sazón que le trajeron á Roma, la mujer de Torcuato estaba en días de parir, porque habíala dejado el Cónsul preñada. Caso que en aquellos tiempos las matronas fuesen tan honestas como las que agora hay en Roma son disolutas, entre todas era la mujer del cónsul Torcuato tan honestísima, que no ménos tiempo se gastaba en Roma en loar las virtudes della, que gastaba en contar las victorias y hazañas dél. Léese en los anales de aquellos tiempos que este cónsul Torcuato, la primera vez que pasó á la guerra de Asia, estuvo once años sin volver á su casa, y hallóse por cosa verdadera que en todo aquel tiempo que estuvo Torcuato fuera, jamas á su mujer hombre la vió á la ventana. Es de tener en mucho lo que hacia esta excelente romana, porque en aquellos tiempos, como los hombres no eran tan atrevidos, y las mujeres romanas eran más honestas, con tal que estuviesen cerradas las puertas, lícito les era á las mujeres hablar desde las ventanas. Y no contenta con esto, vivió tan recatada, que en todos aquellos once años jamas hombre la vió andar por Roma, ni jamas vieron su puerta abierta, ni hombre de ocho años arriba consintió entrar en su casa; y lo que más es, en todo aquel tiempo hombre ni mujer vió del todo su cara descubierta. Pues más hizo esta romana, lo uno por dejar de sí gran memoria, lo otro por dar ejemplo de virtud á toda Roma: que como le quedasen tres niños, y el que más habia no llegaba á cinco años, en cumpliendo la edad de ocho años, luego los enviaba fuera de casa para la de sus abuelos, porque so color de visitar á los hijos, no se le entrasen en casa otros mancebos. ¡Oh, Faustina, cuántos y cuántas hay hoy que lloran en extremo á esta excelente romana, y cuán poquitas serán las que imitarán su vida! ¡Quién acabase ahora con una de las matronas romanas que se abstuviese once años sin ponerse á las ventanillas, como sea verdad que va ya la cosa tan disoluta, que no sólo se asoman á mirar, pero áun hacen ya estrado en las ventanas para hablar! ¡Quién acabase ahora con una romana que en once años no abriese la puerta, como sea verdad que si un día manda el marido cerrar la puerta, aquel día la mujer ha de hundir á voces la casa! ¡Quién acabase ahora que una mujer romana se estuviese once años encerrada sin salir por Roma, como sea verdad que la mujer que no da cada sema-